

**Sarajevo**

**Diarios de la guerra  
de Bosnia**

**Alfonso Armada**

# Sarajevo

Diarios de la guerra  
de Bosnia

Alfonso Armada

A Corina

# Contra el olvido

Clara Usón

«Contar y andar es la función del periodista», escribió Manuel Chaves Nogales, el gran periodista y escritor andaluz que se consideraba a sí mismo un *reporter*. Alfonso Armada pertenece a esa estirpe de periodistas andariegos que van en busca de la noticia, que no aspiran a sentar cátedra ni a erigirse en jueces de la actualidad (aquéllos que Baroja llamaba «periodistas de mesa», los opinadores profesionales que tanto abundan en nuestros medios), sino que se contentan con dar testimonio y, más allá de ello, tratan de «escribir algo que valga la pena recordar, que explique qué es la guerra [...] esta guerra en la antigua Yugoslavia y, sobre todo, esta guerra de Bosnia-Herzegovina», como escribe Armada en estas páginas.

*Diarios de la guerra de Bosnia* se inician el 14 de agosto de 1992 en Madrid, donde ha aterrizado Alfonso Armada procedente de Nueva York, la ciudad más *cool* del planeta, de camino a un destino muy diferente: la guerra. Constan de tres cuadernos (escritos en 1992 y 1993) y dos epílogos (uno escrito en Dayton, Estados Unidos, quince años después, y otro veinte años más tarde, cuando regresa a Sarajevo y visita por primera vez Srebrenica). Los cuadernos recogen las crónicas periodísticas publicadas en el diario *El País*: la primera el 19 de agosto de 1992, la última el 26 de julio de 1993. En ellas cubre la guerra de Bosnia durante ese período y, entreveradas con las crónicas, acompañándolas, los apuntes de su diario personal, lo que a mi juicio constituye un gran acierto.

En la Antigüedad, era el dios Hermes quien ejercía de portador de noticias, de mensajero. Dados sus poderes sobrenaturales, Hermes debía ser un reportero muy eficaz, estaba en todas partes, transmitía las nuevas al instante y no había que temer por su salud o su suerte, puesto que era inmortal, pero tenía un inconveniente:

sólo comunicaba su información a otras divinidades, rara vez condescendía a iluminar a los pobres mortales.

En el comienzo de *Diario del año de la peste*, una novela que parece una crónica, Daniel Defoe escribe: «En aquella época no teníamos periódicos impresos para difundir rumores y noticias y que las embelleciesen por obra de la imaginación de los hombres, como luego he visto que se hacía». Alfonso Armada, el autor de estos *Diarios de la guerra de Bosnia* —una crónica que se lee como una novela—, es uno de esos periodistas de los que, medio en broma, medio en serio, se mofaba Defoe; al igual que Hermes, o casi como Hermes, gracias a los medios modernos de comunicación, puede dar cuenta al instante de los hechos que ha presenciado, pero a diferencia de Hermes no tiene ninguna garantía de salir indemne, corre un riesgo cierto: 19 periodistas fueron asesinados en el curso de la guerra de Bosnia, entre ellos un español, el fotógrafo del diario *Avui* Jordi Pujol Puente, quien murió en 1992 en Sarajevo, la ciudad sitiada, gran protagonista de estos *Diarios*.

Los lectores de periódicos abordamos con idéntica ecuanimidad y desapego un artículo sobre la última cumbre internacional o un consejo de ministros y la crónica del campo de batalla. «Sarajevo vive desde hace una semana la peor ofensiva desde el pasado verano. Entre 1.000 y 1.500 proyectiles caen sobre la aterrada capital bosnia desde las colinas controladas por las fuerzas serbias que desde hace ya ocho meses sitian la ciudad a orillas del Miljacka», leemos en el diario *El País* del 10 de diciembre de 1992, y no somos conscientes, o no pensamos, que esas mil bombas, morteros y granadas, caen no sólo sobre los desdichados ciudadanos asediados, sino también sobre el periodista español que firma la crónica, Alfonso Armada; da la impresión de que el reportaje se escribe solo, o de que es Hermes, ubicuo e invulnerable, quien nos da cuenta de los bombardeos. Sin embargo, hay un hombre detrás de esas líneas, alguien que ha decidido unir su suerte a la de las víctimas para dar

testimonio de sus sufrimientos, para contárnoslos. Pero las reglas del juego le obligan a ser objetivo, a esconderse detrás de los datos. No le está permitido comunicarnos su miedo, sus emociones, su experiencia subjetiva de esa situación extrema, la guerra, y por eso son tan valiosas estas entradas del diario personal del escritor que acompañan a las crónicas publicadas. Dan mayor hondura al texto, una profundidad humana.

Como Hermes, Armada es ubicuo: las páginas de estos *Diarios* están fechadas en Zagreb, Slavonski Brod, Split, Karlovac, Banja Luka, Kiseljak, Sarajevo, Zenica y tantos otros lugares. El reportero parece materializarse como por ensalmo allí donde está la noticia; el hombre Alfonso Armada viaja por un país en guerra, es arrestado por *chetniks* armados hasta los dientes en un *check point*... Con su inseparable compañero de aventuras, el fotógrafo Gervasio Sánchez (cuyas impresionantes fotografías ilustran este volumen y quien en una ocasión dice a nuestro atribulado autor: «No se puede venir a la guerra enamorado»), sufre el robo de su vehículo y del equipo fotográfico; escribe a la luz de una vela en la ciudad a oscuras; pasa frío y miedo en un hotel, el Holiday Inn, que se mece al ritmo de las bombas; discute con la administración de su periódico en Madrid el precio de una transmisión; una noche de luna llena, en el valle del Lasva, corre a lo largo de un sendero hacia el lugar donde está ubicado el teléfono vía satélite de la BBC, corre con motivo, alguien (¿quién?) acaso le está disparando ráfagas con un fusil automático en esa noche iluminada por una luna tan «hermosa». Cuando llega a su destino se encuentra con que el teléfono no funciona, no consigue transmitir, y vuelve a jugarse la vida en el camino de regreso... «Ser periodista — reflexiona — es a veces como vestirse de diana».

«¿Y para qué?», se pregunta sin cesar Alfonso Armada. «¿Cuánto tiempo venías a pasar aquí, cuánto estabas dispuesto a pasar, cuánto vas a estar? Silencio. Casi no hay disparos, casi se

extraña la certeza que producen las explosiones. ¿Dónde estamos, a qué hemos venido aquí?», escribe la noche del 3 de septiembre de 1992. «El miedo de no saber que debo tener miedo, como me decía Niyat la otra noche en el refugio del café del Lago: Por favor te lo pido, ten miedo. Es la forma de que te cuides, de que no bajas la guardia. Por favor, ten miedo». «¿Cómo se puede resistir aquí? Yo me salvo porque escribo, ¿pero puedo acaso decir que ésta no es mi guerra? Yo soy un cobarde, y además no sé llorar. Por eso escribo como un condenado a muerte y sólo quiero salir de aquí». «¿Qué sentido tiene estar jugándose la vida aquí si después tu periódico no tiene tiempo para ti, o considera que la vida cotidiana de la ciudad sitiada puede esperar?» Las dudas, la incertidumbre, una injustificada sensación de culpa, azusan a Alfonso, el hombre, mientras Armada, el reportero, da cuenta de lo que ve «como si me fuera la vida en ello».

Y lo que ve es atroz y también admirable, conmovedor. Indaga más allá «de los supuestos hechos que las agencias de noticias relacionan» y se dedica a «llamar a las puertas, preguntar a la gente», y así sabemos de Verica, una voluntaria croata de la Cruz Roja de Travnik, cuyo marido es serbio, quien teme más por sus hijos, una niña de cinco años y un bebé de dieciséis meses, que por ella misma. «Nadie se siente seguro —afirma Verica—: los serbios tienen miedo de los croatas, los croatas de los serbios, los musulmanes de los croatas y los serbios. Creo que sólo podré vivir a salvo en el extranjero. En este país, mi propio marido puede verse obligado a disparar contra mí». Este testimonio espeluznante vale ciertamente más que cinco folios cargados de datos y movimientos de tropas, el drama de la guerra de Bosnia no podría expresarse mejor y Alfonso Armada, el reportero, estaba allí para transcribir esas palabras y divulgarlas.

También nos habla del comandante bosnio Puska, que se imagina una Bosnia futura sin ejército; de Emir, un joven que estaba a punto de casarse cuando estalló la guerra y que acuna su arma entre

sus manos y dice: «Yo no creo en nada, sólo creo en mi fusil. Mi arma es mi Dios. Yo nunca pensé que iba a tener que matar para no morir. Y eso hace que mi parte animal crezca y que mi parte humana se haga más pequeña»; de Edo, el guardián de las cenizas, un niño vivaracho que ejerce de guía ocasional de las ruinas del gran edificio austrohúngaro sede de la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina, que el ejército serbobosnio redujo a cenizas, como si destruyendo el legado cultural musulmán se borrara el pasado; de los integrantes del Teatro de Guerra de Sarajevo, empeñados en representar una obra en la ciudad sitiada, sabedores de que los espectadores tendrán que arriesgar la vida para acudir a la representación y seguirán exponiéndose a perderla, junto con los actores, mientras ésta se desarrolle. Consideran que «hacer teatro en estos momentos es una obligación moral, una necesidad vital. La gente está muriendo por los bombardeos, no tiene que comer. Dos actores han sufrido en su carne la violencia de los morteros y el técnico de luces ha muerto. ¿Cómo hacer una representación después de todo eso? Esto nos obliga a tomar una decisión frente al horror. Y nuestra decisión es hacer teatro».

Una noche, un viejo musulmán con el que habla de Elias Canetti, le pide a Alfonso Armada que no los olvide, que cuente al mundo lo que ocurre. Le confiesa que no puede entender cómo Europa puede consentir lo que ocurre con el pueblo bosnio, una extrañeza y una indignación que comparte con el escritor español Juan Goytisolo y con Susan Sontag, dos intelectuales de Occidente que han decidido conocer de primera mano la experiencia de los sitiados y acompañarlos, siquiera un rato, y a los que el reportero Armada entrevista en Sarajevo.

«Creo que la historia nos enseña continuamente, lo que pasa es que la gente no quiere escuchar», le dice Susan Sontag, quien sostiene que «el siglo XX empezó en Sarajevo y que el siglo XXI también comienza aquí», un aserto que en 1993 pudiera parecer pere-



grino pero que a la luz de los acontecimientos posteriores se revela certero: la guerra de Bosnia tuvo como motor o excusa los nacionalismos, las etnias, las religiones, al igual que los conflictos que proliferan en nuestro joven siglo.

Las investigaciones recientes de biólogos y antropólogos indican que el hombre no sólo desciende del mono, sino que se diferencia muy poco de los simios, pero si algo nos distingue de los animales (una distinción que en un escenario de guerra casi se borra) es la memoria. Estos *Diarios* de Alfonso Armada constituyen un testimonio impagable del último conflicto bélico de Bosnia. Están escritos con tanta verdad e inmediatez, con tanta habilidad, que al leerlos se tiene la impresión de estar allí, en Sarajevo, bajo las bombas, con los sitiados, y uno se indigna y emociona y conmueve y se pregunta, al igual que su autor, cómo podía Europa permitir que en una ciudad europea hubiera francotiradores «disparando sobre todo aquél —anciano, niño, mujer, soldado, civil— que se atreva a moverse por la calle», y que desde el abrigo de las colinas, un ejército europeo lanzara bombas sobre una ciudad sin capacidad de defenderse, «sobre colas del pan, sobre gente que compra pacíficamente flores un domingo por la mañana». Europa parece haberlo olvidado o ha elegido olvidarlo, porque la mala conciencia es incómoda: en el año 2012 la Unión Europea aceptó, sin ningún escrúpulo y aplaudiéndose a sí misma, el premio Nobel de la Paz, por haber pasado de ser un continente de guerra a un continente de paz, tras la Segunda Guerra Mundial. ¿Y la guerra de Bosnia? ¿Y las 100.000 personas muertas durante el conflicto, la mayoría civiles, las 50.000 mujeres violadas, los millones de desplazados? ¿No cuentan? ¿Acaso Bosnia no es Europa? Contra el olvido, la memoria, por eso libros como esta extraordinaria crónica de Alfonso Armada son tan necesarios.

Clara Usón es novelista, autora de *La hija del Este*

## Primer cuaderno

**Madrid, viernes, 14 de agosto, 1992**

Ni rastro de la agonía de los corredores que dan vueltas al lago de Central Park. ¿Pero dónde queda la noche de Nueva York? Llegué hace cinco días a mi escritorio barnizado por el polvo y no he querido tener tiempo de sentarme a escribir la distancia que va de una orilla del mar a otra. Los itinerarios, el mapa de Estados Unidos, todos los libros que espero, el que era y el que, desafortunadamente, sigo siendo. Tenía una carta espléndida esperándome como un puñetazo en la boca del estómago. Hay amigas certeras y esporádicas, de esas que uno conoce para el deseo, que luego se revelan como unas púgiles despiadadas. La verdad me deja desnudo ante el espejo de mi cuarto, blindado de cuadernos y de libros, de la contaminación del mundo exterior. ¿Hasta cuándo? En Yugoslavia la realidad se cobra cada día su cuota de sangre. Allí voy con mi pequeño destino a cuestas. Entonces sí sabré lo que es el miedo. Con I. me crucé inadvertidamente en Barajas, en los caminos paralelos que los aeropuertos trazan entre las vidas. ¿Es amor? Ojalá fuera algo real, no tantas cartas, tantas trincheras de tinta china como se pueden encontrar en este mismo cuarto aparentemente a salvo del sol y de los francotiradores.

**Zagreb, domingo, 16 de agosto**

Aparentemente a salvo. Mi pasaje es de ida y vuelta. Pero también eso no es más que pura apariencia: depende de que mi cuerpo vuelva. Aún no estoy lo suficientemente endurecido, y me creo afortu-

nado por ello. He traído conmigo mis ojos de ver y mis oídos de escuchar. He traído conmigo muy pocos recuerdos, es cierto, aunque la memoria ocupa por sí sola varios tendederos de ropa, varios taxis antiguos, varios comedores en penumbra, varias tinajas de agua con añil. ¿Es la guerra aquí? Todavía no, no en Zagreb, donde el domingo es como cualquier otro domingo en otra parte. Pero vi rostros llenos de desconfianza en el aeropuerto de Fráncfort, y aviones militares de carga en el aeropuerto de Zagreb. No he visto mucho para contar, para contarlos como si me fuera la vida en ello.

### Slavonski Brod, martes, 18 de agosto

Desde la mañana en la pensión Kangoroo, en las afueras de Slavonski Brod, se oye el estruendo de las bombas que caen sobre el centro del pueblo. En plena noche, mientras intentaba conciliar el sueño contra una cortina de grillos, se escuchaba el esporádico estallido de alguna bomba. Una mujer limpia la ventana de su casa mientras suena la sirena que advierte de una próxima incursión aérea. La música de la radio de la pensión Kangoroo se interrumpe para dar paso al último parte de guerra de Slavonski Brod. Las descargas son ahora más nítidas y contundentes. La visita a los lugares más afectados por las bombas, en el centro de Slavonski Brod. Aquí la guerra es especialmente cruel y absurda. Los aviones acaban de dejar un regalo envenenado a dos kilómetros. Las columnas de humo denso suben desde el centro, pero parece más polvo que humo. Pronto se disuelve. Así ocurre con frecuencia en los objetivos civiles. Toda una ciudad convertida en objetivo militar, sin defensas y sin mucha capacidad de réplica. Todo es especialmente extraño. Esta mañana asistimos a la partida de cien niños con dirección a España. Madres, padres, milicianos afeitándose en la calle, algunas lágrimas más o menos furtivas. Pero la mayoría parecía feliz de ale-

jarse de aquí: los padres, de que los niños fueran puestos a salvo; los niños, de dejar de escuchar día tras día —llevan así dos meses— el estruendo de las bombas. Mientras, en Zagreb, a casi 200 kilómetros, nada indica que haya guerra. La vida sigue plácida, olvidada de lugares como este Slavonski Brod, donde no se combate, sólo se recibe pasivamente la lluvia de bombas que llega desde la otra orilla del río Sava.

### Un buen día para la guerra en Slavonski Brod

La noche es espléndida en Slavonski Brod. Una luna casi llena sobre la ciudad dormida. Han callado los cañones, pero calles y casas están a oscuras. Mejor no ofrecer blancos fáciles a la artillería enemiga. Por eso escribo a la luz de una vela. Los clientes beben en una barra a oscuras. El martes fue una jornada especialmente movida, con más de 250 proyectiles que cayeron sobre la ciudad matando a siete personas e hiriendo a 25. Lo fue también el lunes, cuando el bombardeo empezó a las cuatro de la madrugada. Por la tarde, cuando llegó una comitiva de la Comunidad Europea, el sonido de las bombas se escuchaba limpiamente.

Slavonski Brod no se defiende. Soporta estoicamente el bombardeo de las fuerzas serbias emboscadas en las colinas que rodean la otra orilla del río Sava, allí donde Slavonski Brod se llama Bosanski Brod. Jozo Meter, el alcalde, un hombre bien parecido, de ojos claros, sí habla: «¿Cuándo van a hacer algo las potencias contra esos fascistas que dispa-

ran desde el otro lado?». Meter es un edil muy popular en Slavonski Brod. Se hizo con la alcaldía contando con el 80% de respaldo ciudadano. El lunes recibió a los enviados de la Comunidad Europea que habían llegado a Slavonski Brod, una ciudad situada a 200 kilómetros al este de Zagreb, para recoger a 100 niños y llevárselos a pasar como mínimo 30 días lejos de aquí. En la comitiva comunitaria viajaba un senador belga, Philippe Mahoux, quien anunció que había llegado a un acuerdo con el alcalde de la ciudad para proceder el próximo sábado a la evacuación hacia Bélgica de otros 80 niños de Slavonski Brod.

«Los serbios no parecen seguir ningún sistema. Bombardean a cualquier hora, sin ninguna secuencia, sin ningún aviso previo». Quien así habla es un militar holandés, enlace comunitario que lleva una semana viviendo en Slavonski Brod y que prefiere mantener su identidad en la sombra. «Parece como si lo único que pretendieran es hacer el mayor daño posible. Disparan sus cañones de improviso,

cuando los ciudadanos están apenas terminando de barrer los cristales rotos por el último ataque, cuando la gente se ha confiado y ha vuelto a la calle. Es lo peor de esta guerra, que no parece seguir objetivos militares. Hay una crueldad pura, despiadada».

El puente que une los dos Brod (Slavonski y Bosanski, ambos croatas), también ha sufrido ataques de la aviación serbia. «Algunos aseguran que los aviones no eran serbios, aunque los pilotos hablaban una lengua eslava —dice un militar belga, miembro también de la misión comunitaria—. Pero no parecían muy interesados en reducirlo a escombros, sólo en amedrentar. A fin de cuentas, el puente es el mejor camino para evacuar a los bosnios y a los croatas que los serbios quieren empujar al otro lado del río». Slavonski Brod es, tras el alto el fuego logrado en Dubrovnik, el único punto de Croacia en el que sigue habiendo guerra, aunque no se combate. La ciudad no tiene tropas y no puede responder con fuego al fuego que llega desde el otro lado del río.

El viernes murió una chica de 18 años que había vuelto a Slavonski Brod para asistir al entierro de su madre, también muerta por una bomba. Hace una semana dos personas murieron alcanzadas en su propia casa. En medio de la dulce temperatura de agosto las bombas sobre Slavonski Brod tienen una carga aún más irreal. Pero matan.

La población intenta vivir como si la guerra no existiera, pero de las 16.000 personas que trabajaban en la fábrica de maquinaria sólo 500 si-

guen acudiendo a diario. Muchos han huido a zonas más seguras. Otros no tienen a donde ir o no quieren irse.

Los fines de semana la ciudad se vuelve un lugar fantasmal, con las familias refugiadas en las colinas de este lado del río. Pero ni siquiera entonces hay un avance de las tropas serbias emboscadas. Siguen allí, a salvo en la espesura, enviando sus letales mensajes con una paciencia infinita.

Desde Zagreb, el camino más corto hasta Slavonski Brod es por la autopista que unía la capital de Croacia con Belgrado. Hay un tramo más allá de Slavonski Brod que nunca se terminó como tal autopista y no parece que ni serbios ni croatas vayan a poner mucho empeño en terminarla. Cuando la guerra acabe.

Era la autopista a Europa, la que los turistas alemanes seguían para llegar a Zagreb, para bajar al mar Adriático y mojarse los pies. Ahora es un espejismo, la autopista más solitaria del mundo, con policías croatas apostados a la entrada y a la salida y destacamentos de soldados con el casco azul, arrancados de su medio y depositados en el corazón de la Krajina croata para vigilar que nadie se aventure: el primer control es de jordanos, el segundo de canadienses, el tercero de nepalíes. Son los nuevos encargados del peaje. Soldados de Naciones Unidas vigilando la tierra quemada que la guerra ha dejado a su paso.

A ambos lados, esqueletos de edificios, gasolineras convertidas en coladores. Las fuerzas de Naciones

Unidas han cubierto parte de los cráteres que las bombas habían dibujado en el asfalto, pero el conductor italiano de la furgoneta comunitaria tiene que andar ojo avizor para no caer en los que quedan.

Hasta los pájaros parecen no saber a qué atenerse aquí. Acostumbrados a volar libremente sobre los cuatro carriles, desafían al blanco convoy

de la Comunidad Europea y se estrellan contra el parabrisas. Los puestos de peaje han sido perforados por una infantería especialmente manirrota, y los rótulos a la orilla del camino contribuyen con su propia dosis de absurdo: 320 kilómetros a Sarajevo, Market Exclusive, Belgrado. Una verdadera autopista a ninguna parte, salvo a Slavonski Brod.

## Zagreb, jueves, 20 de agosto

He vuelto a perderme en medio de los acontecimientos de la vida. Aquí, en la capital de un país reciente, en un hotel austrohúngaro, me pregunto hasta por los motivos de ser periodista: esta tensión y premura de cada día por contar algo que no sea evidente a los ojos de los otros. Y contarlo pronto, y que en Madrid sea bien recibido, publicado, leído por lectores a los que nunca voy a conocer y que emitirán su juicio como quien corta el pan con una daga. Estoy mucho más perdido aquí que en Nueva York, a pesar de tener que resumir la existencia en 30, 60, 90, 120 líneas. O tal vez por eso, precisamente por eso. Una bomba que cae a doscientos metros puede caer a doscientos milímetros. Lo importante es contar luego las impresiones del combate como si el corazón latiera a las mismas revoluciones que las ametralladoras, o como si la piel que soporta la fiebre del sol fuera la piel de un refugiado bosnio en el palacio de deportes de Karlovac. Hay aquí una ambición legítima y otra ilegítima, deseo de internarse en la línea del frente, indagar sobre la profundidad de las trincheras y la bestialidad de los combatientes. Ni soy un soldado ni sé lo que soy. Persigo sombras como una mosca hambrienta de carne y mierda humana. Esto era Yugoslavia. Yo no sé quién soy. Perdido en Zagreb duermo en medio de un aliento azul, turbio, como si esperara algo en mitad del día. Tal vez no supe

verlo en mitad de la noche a escasos metros del frente, en Slavonski Brod, mientras sonaban cañonazos sordos, la luna bailaba sobre los penachos del maíz y una vaca gemía quedamente en la habitación contigua.

## Alemania, El Dorado de los bosnios

Una densa humareda coronaba el horizonte a las afueras de Karlovac, una ciudad croata a 40 kilómetros de la capital, Zagreb, y a sólo tres de la línea del frente. El mando del ejército croata en la ciudad, que todavía exhibe sacos terreros a la entrada de los edificios oficiales, impactos de todos los calibres en las fachadas y cristales rotos, denunció el miércoles violaciones del alto el fuego por parte de la milicia serbia. En Karlovac, 900 refugiados bosnios arrancados de su tierra natal, como Cvitkusic Andjia o Custic Mehmed, esperan que alguien los lleve a Alemania para emprender una nueva vida. Según declaró Mate Granic, viceprimer ministro croata, en Croacia hay 700.000 refugiados procedentes de Bosnia-Herzegovina. Treinta y ocho grados a la sombra. Ni una nube en el cielo de Karlovac. El palacio de los deportes todavía exhibe en el muro del aparcamiento un gran rótulo en letras azules: *Univeriada 87*. En el suelo, sobre una hilera de colchonetes sucias de gomaespuma y mantas deshilachadas, varias familias ocupan los pasillos, buena parte de las gradas y el parque donde se jugaba al baloncesto.

De la mezquita y del pueblo bosnio de Kozarac ya no queda casi nada, sólo las casas de los serbios. «Todo ha quedado destruido. No espero volver nunca a mi hogar mientras haya serbios viviendo allí. Prefiero irme a Alemania». Custic Mehmed, de 62 años, leñador y carpintero, lo perdió todo. Su mujer murió en la guerra. Y cree que sus tres hijos están ahora en un campo de concentración.

La mayoría de los refugiados huyó con lo puesto. Ahora reciben un plato de comida al día, aunque algunas mujeres se quejan de que llevan tres semanas comiendo frío y cuatro con sólo pan y leche con cacao. Cifran todas sus esperanzas en un país europeo, y Alemania está en los sueños de casi todos.

En teoría, no tienen permiso para abandonar el local, pero los jóvenes se mezclan con los milicianos que ocupan el cercano hotel Korana, un edificio estilo *desarrollo socialista y solidaridad entre los pueblos*, con impactos a modo de condecoraciones en la fachada, y con habitantes de Karlovac que se refrescan del calor de agosto en las aguas del río Korana.

Dos prisioneros de guerra serbios, con las letras RZ cosidas a la



espalda, barren la entrada del hotel Korana. Los bosnios, a escasos 100 metros de donde barren los prisioneros, no muestran más que resignación.

Adim tiene 13 años, un bigote incipiente y los ojos claros. Es de Bosanski Novi y sólo quiere que lo lleven a otro país donde haya agua y comida. Cuando se le pregunta qué siente por los serbios, sólo dice, con voz casi inaudible: «Mataron a mis abuelos en la guerra». Otra mujer, rubia, de ojos azules, no puede contener la rabia. «A mi marido lo mataron por defender a su país. No quiero vivir allí —asegura señalando vagamente un lugar al sur—. Quiero un país como Alemania, donde haya agua y comida».

Cvitkusic Andja, de 39 años, tiene dos hijos en el palacio de los deportes de Karlovac, y otro de 21 años luchando con su padre en Bosnia. «Durante 15 años estuvimos trabajando en Alemania. Cuando volvimos a nuestro pueblo en Bosnia, Bosanska

Posavina, empezó la guerra. Nos robaron todo e incendiaron la casa».

Otra mujer, morena, de ojos vivos, asegura que en la mañana del martes la policía militar croata se llevó a 17 jóvenes. «Movilizados. Eso es lo que dijeron. Ni siquiera les dejaron decidir. Se los llevaron camino de Split para volver al frente. Y esta mañana se llevaron a 400 mujeres a Garsinc [a cinco horas de Zagreb], a un campo de tiendas de campaña. Nosotros no queremos ir allí, preferimos esperar en Karlovac para irnos a Alemania, o a Holanda».

Mientras tanto, en Zagreb la guerra parece algo muy lejano. Hay algunos refugiados bosnios alojados en la ciudad, pero su sombra queda desdibujada por el bullicio urbano. No hay impactos de bala ni sacos terreros. Ahora, 200 obreros se afanan en Ilica, una de las calles principales de la ciudad, tendiendo una nueva vía para el tranvía. Por la noche, los jóvenes abarrotan discotecas como Saloon.

## Sábado, 22 de agosto

Todavía no llueve como sobre la tumba de la señora Slama, a la que tanto y tan secretamente amó el teniente Carl Joseph, el nieto del héroe de Solferino. ¿Por qué no habría de ser un ingenuo al pensar que amaré como todavía no he amado, que viviré como todavía no he vivido, que escribiré como todavía no he escrito? Tal vez todo esté decidido ya, y este tiempo detenido aquí en Zagreb no sea sino un tiempo que inconscientemente me ha sido concedido antes de morir... por ejemplo, en Sarajevo. No, todavía no llueve ni anoche-

ce en Zagreb como sobre la tumba de la señora Slama. Anochece implacablemente. Puedo escuchar desde mi habitación los tímidos timbrazos de los tranvías que se cruzan en la calle. Pero ya no me asomo a la ventana como cuando tenía diez años menos. Ahora todo es más irreparable. Incluso si sobrevivo a esta guerra y a su relato. Es pronto, sé que es pronto y que necesito tiempo para *deshacer mis cerrojos y poner mis papeles* en orden. Sigo sin saber muy bien quién soy ni qué pretendo, pero eso no es importante ni a nadie le importa. Me importa tener una pequeña mesa y una lámpara, aprender de Henry Roth (¡Qué extrañas carambolas las de los nombres; me acuerdo de Henry Roth mientras leo a Joseph Roth!). Ahora volveré a cerrar, como tantas otras noches, este mismo cuaderno, este mismo santuario de la mezquindad, el egoísmo, las verdades a medias, la ambición, la culpa y algunas observaciones sobre el paisaje y las mujeres. Nada fuera de lo común. Escribo —eso creía— para salvar algo de tiempo, una pastilla dulce que llevarse a la memoria. Pero ni siquiera eso. Ni siquiera eso es lo que cavo y lo que clavo aquí.

## Lunes, 24 de agosto

El miedo de los otros oculta mi propio miedo. Un control de carreteras serbio entre Banja Luka y Bosanski Gradinska puede convertirse en una barrera infranqueable. Ser periodista es a veces como vestirse de diana. Tiro al blanco del que viene a meter las narices en el caldo del terror. Frente a la seguridad y a la obscenidad con que los milicianos exhiben sus armas, el temor y las palabras de los musulmanes bosnios. Uno puede disfrazarse de víctima, pero es más difícil ocultar el poder, la zafiedad, la violencia. Las casas acribilladas, bombardeadas, renegridas, son un lamento a lo largo del camino que atraviesa la autoproclamada República Serbia de Bosnia-

Herzegovina. Pero el tiempo se detiene cuando un miliciano gordo y malencarado se empeña en aplastar la colilla de su autoridad sobre la nariz de los fisgones. No resulta nada reconfortante permanecer arrestado, durante casi tres horas, por una partida de milicianos serbios a los que sólo parece emocionar jugar a la guerra. Esperamos en el patio trasero de un bar de carretera incautado por la milicia. Un cerdo de grandes orejas refunfuña en la granja colindante, mientras una partida de pollos vuelve a casa en pos de su madre gallina. Mis compañeros —corresponsales de otras guerras y de otros ámbitos— parecen más inquietos que yo, que observo todo desde mi perplejidad y mi inocencia. Por la mañana me había visto tirado en la cuneta con un tiro en el vientre (llevaba puesta una camisa azul y el escupitajo rojo se volvía poco a poco escarlata). Pero aparté de mi cabeza esa imagen, aunque el *chetnik* que llevábamos a modo de escudo protector —no me pareció una buena idea: a fin de cuentas lo acercábamos al frente para luchar contra los musulmanes bosnios— me traía los peores presagios: su cargador parecía a punto de desparramar su letal contenido sobre sus muslos y los míos, y la cinta aislante amarilla con la que apuntalaba el arma no ofrecía más que desconfianza. Pero salimos del infierno antes de que se nos echara la noche encima. Será mucho peor en Sarajevo.

### Banja Luka, el negocio del terror

El comandante serbio Milovan Milotinic dice que los musulmanes de Banja Luka no tienen problemas. Pero los líderes de la comunidad musulmana esperan atemorizados en una casa, junto a la mezquita de piedra, la llegada de la comitiva de Tadeusz Mazowiecki, el ex primer ministro polaco encargado por la ONU de indagar so-

bre las violaciones de los derechos humanos en esta guerra. En Banja Luka, ciudad bajo el toque de queda entre las diez de la noche y las cinco de la mañana, el terror se palpa. Una nueva técnica de *limpieza étnica* se está poniendo en práctica en la auto-proclamada República Serbia de Bosnia-Herzegovina.

A Celinac, a 12 kilómetros de Banja Luka, en el noroeste de Bosnia, se llega por una carretera tranquila. No hay *heridas* de combate en las casas de campo que orillan la ruta. Es una zona controlada por las fuerzas serbias. El cargador de la metralleta del miliciano serbio que viaja en nuestro vehículo —un malencarado *chetnik* que hemos recogido en el camino a modo de dudoso salvoconducto— rebosa de brillantes balas de cobre a punto de derramarse sobre nuestros muslos. Pero el viaje termina abruptamente, después del primer cartel de Celinac, ante un puesto de control serbio. El papel firmado por el mayor de caballería Milovan Milotinovic no permite ir más allá. El miliciano sigue a pie, nosotros volvemos a Banja Luka. El mayor Milotinovic niega el permiso para visitar Celinac porque dice que hay peligrosas operaciones militares en la zona.

No se oyen disparos, no hay movimientos de tropas. Según el mayor Milotinovic, Celinac sufría feroces combates entre milicianos serbios y fundamentalistas islámicos apoyados por Teherán. En Celinac, por el contrario, según los representantes de la comunidad musulmana de Banja Luka, se están poniendo en práctica las nuevas técnicas de *limpieza étnica* de la República Serbia de Bosnia. «Están encerrados 600 mujeres, niños y hombres en penosas condiciones en una escuela convertida en prisión», asegura uno de los miembros más destacados de la comunidad musulmana.

«En Mehovci y en Bastasi —añá-

de— la expulsión de los ciudadanos musulmanes ya se ha completado, y en sus casas viven ahora refugiados serbios. Pero en la comarca de Banja Luka y la ciudad de Celinac se desarrollan nuevas formas de terror. El primer paso es poner a los musulmanes bajo arresto, mientras que a los serbios se les permite entrar y salir libremente. Únicamente los musulmanes que acceden a firmar un documento por el que entregan sus propiedades al Estado reciben permiso para salir del territorio del municipio».

El médico, de 58 años, que pronuncia estas palabras forma parte de la directiva de Mohamer, una asociación de ayuda a los musulmanes que sufren el acoso de las nuevas autoridades de la República Serbia de Bosnia-Herzegovina. Pide que su nombre no se publique para evitar represalias de las autoridades serbias. Sin embargo, sus afirmaciones son suscritas también por el imam de Banja Luka, Ibrahim Halilovic, así como por el resto de la directiva de Mohamer.

«El 80% de los trabajadores musulmanes ha perdido su trabajo. Desde el principio de la primavera [cuando empezó la guerra en Bosnia], muchas tiendas y pequeños negocios de musulmanes han sufrido atentados», prosigue. Hay multitud de casos. «En la óptica de un musulmán bosnio, junto a mi casa, pusieron una bomba. Hace 12 días hubo otro atentado contra la casa de unos vecinos y, al día siguiente, en un restaurante. Todos los que han perdido la casa y aceptan entregar sus bienes a

la nueva República Serbia tienen el campo libre para abandonar la ciudad. Lo mismo está sucediendo en Celinac o Sariski Most».

La campaña de terror no termina ahí. «Hace una semana, la policía arrestó en plena noche a un taxista de 35 años. Unos días después, su cadáver apareció en el río. Era musulmán. Y no es el único caso de visitas nocturnas por parte de policías o de fuerzas irregulares. Los musulmanes no tenemos protección: ni de la policía ni en la Cruz Roja ni en el hospital. Si eres musulmán y estás enfermo te ponen todos los impedimentos posibles para ser atendido en el hospital. Dicen que los combatientes serbios heridos tienen preferencia», subrayan los líderes de la comunidad islámica. Por otra parte, «los jóvenes musulmanes son alistados en el ejército serbio bajo la amenaza de perder su trabajo, despedir a sus mujeres o perder la casa. También nos han dado nuevos documentos, porque dicen que éste es un nuevo país. No hace falta que ponga que somos musulmanes, por el nombre se sabe».

No sólo los musulmanes sufren persecución. El obispo de Banja Luka, Franjo Komarica, escribió la semana pasada una carta al líder de la autoproclamada República Serbia, Radovan Karadzic, en la que se denuncia que 150 católicos han sido asesinados en la feligresía de Banja Luka, «la mayoría mujeres y niños», y que cuatro sacerdotes han sido internados en campos. «Personas de uniforme actuaron de forma bestial» en Nova Topola, cerca de Banja Luka, se añade. El mayor

Milovan Milotinovic explica a todo el que quiera oírle, y con todo lujo de detalles sobre el mapa, el curso de la *guerra defensiva* que las unidades serbias desarrollan en la orilla del río Sava contra las agresiones croatas. El mayor Milotinovic se queja de que la Comunidad Europea sólo reconozca al Gobierno de Sarajevo como legítimo representante de Bosnia-Herzegovina. «El islam quiere extenderse a toda costa, predica la guerra santa», y muestra un trozo de papel escrito en árabe en el que, al parecer, se proclaman las bondades de «morir en combate para tener acceso directo al paraíso».

El mayor Milotinovic dice que la República Serbia de Bosnia —«que sólo recibe órdenes de su comandante supremo, Radovan Karadzic»— es un país como la República Serbia de Krajina (en Croacia) o como la propia Serbia. Su intención es formar una sola comunidad de pueblos serbios hermanos, «una federación». «Todos los soldados que luchan aquí son serbios nacidos en la República», recalca.

«El armamento lo dejó aquí el Ejército yugoslavo», afirma.

Dice que sólo reciben de Belgrado ayuda humanitaria, pero para poder visitar esta República facilita un número de teléfono en la capital serbia. «Es nuestra embajada allí».

La ciudad de Banja Luka, un foco de resistencia antinazi en la Segunda Guerra Mundial de los partisanos de Tito contra la república títere croata de Ante Pavelic, sustentada por la

Alemania de Hitler, es hoy una ciudad en armas y poco segura.

Jóvenes casi imberbes regresan de pasar la noche en las montañas con fusiles al hombro, sonrientes, como si volvieran de cazar patos.

En la comisaría de policía entra y sale una fauna atrabiliaria vestida de paisano o con una gama imposible de uniformes, portando un imponente arsenal de todos los calibres.

Pero son más inquietantes los controles que salpican las carreteras de la autoproclamada República.

Cualquiera con armas tiene el poder de adueñarse de una vía y levantar una barrera sin más garantía que su estado de ánimo.

En los controles, montados por una caterva de soldados, policías, civiles y *chetniks*, con tablas, obstáculos antitanque, sacos terreros y cajas de munición, uno puede encontrarse con su última barrera. Sobre todo cuando el arbitrio de los aduaneros depende del aguardiente que lleven en el alma. El gatillo lo tienen entonces suave.

## *Liburnija, ferry entre Rijeka y Split, lunes, 24 de agosto*

Apenas una llave de una cabina compartida con un británico al que conocí ayer y con el que supe, mientras esperábamos que unos desagradables serbios decidieran sobre nosotros, qué es el miedo. Pero cuando el miedo llega, intento mantener la cabeza fría, esperar tiempos mejores. Esta noche, a bordo de este transbordador que surca el Adriático, es un momento dulce para mí. Puedo asomarme a la amura de popa mientras la cerveza desdibuja los linderos de mi cabeza y seguir cada rosa del desierto que la espuma dibuja y deshace sólo para mí. No me gusta imaginarme muerto, pero acaso en este viaje esté aprendiendo —como predijo I., a quien tanto echo de menos en este barco— qué es el miedo. La muerte puede llegar aquí en cualquier momento, su sombra se cruza con la nuestra con mayor frecuencia que en cualquier otro lugar donde estuvimos antes. ¿Qué se puede contra ella? La larga paciencia de esperar que nos dé la mano, el sueño de pensar que nuestra vida pueda seguir soñando que es real, posible, verdadera, que quedan aún transbordadores que abordar, labios que besar, páginas que escribir. Hacia Sara-

jevo, donde la muerte ha instalado un cuartel general. Allí acuden las moscas azules de los periodistas a contar lo que ven y lo que creen ver. Yo también llevo mis ojos puestos en la cara, y con ellos veo las cuatro grúas hermanas que nos despiden al salir de Rijeka, y las cuatro torres de Rab, y la gente que se queda hasta el final en el puerto, este barco que se aleja, quizá con restos de un corazón, quizá con el cadáver vivo de un amor, quizá con soldaditos recién hechos, dispuestos a morir —como los que cantan canciones fascistas en la cubierta de popa—. El mar a oscuras, ahora que he conseguido quedarme solo junto a una ventana desde la que casi no se puede ver el mar. Mi compañero duerme en la cabina común —no sé en qué litera, todavía no alcanzo a comprender su humor inglés—, pero yo quiero resistir: primero aquí, más tarde junto a las amuras, contemplando sobre todo la costa y el mar que se van quedando atrás, atrás, como la costa de Noruega, como Leningrado, como la estación de Kiev, como tantas otras costas y estaciones que he ido atesorando *como si me fuera la vida en ellas*. Ahora sé que sí, ahora sé lo que es el miedo, ahora que apenas he empezado a aprender las primeras lecciones de mi vida. ¿Dónde he estado hasta entonces, hasta esta misma noche entre el puerto de Rijeka y el puerto de Split? ¡Dios mío!

No hay mesas de billar ni luces rojas. Sólo el ruido sordo de los motores, la cubierta de viejos listones de madera, un circo de estrellas íntimas y silenciosas y un mar blando, de éstos que hacen espuma sin proponérselo. Aquí duermen dos hombres, envueltos en sacos, acostados en el suelo. Allí, otro mira las estrellas. Una mujer pasea a su niño dormido. Dos mujeres hablan. Dos muchachas se cantan al oído. Un hombre escribe. Un anciano contempla el mar. Una mujer sola cruza las piernas y lee. Un grupo canta canciones tristes de Dalmacia. Dos periodistas hablan de la posibilidad de que llegue la muerte. Un hombre fuma. Y el mismo barco, bajo un halo blanco, avanza entre las islas con la misma ceguera con que lo hace

el destino. No hay mesas de billar ni luces rojas, pero alguien que tuviera amistad con las rodillas, que supiera convertir la sombra en luz y la luz en sombra, alguien apostado a popa, apoyado contra la barandilla, acaso acertara a dibujar todo lo que aquí se contiene, esta noche en el mar Adriático a orillas de un país que se llamaba Yugoslavia.

## Martes, 25 de agosto

Escribo de espaldas a la marcha del buque, como si quisiera enganchar la mirada en cada milímetro de agua, cielo y tierra que van quedando atrás, derrotados por la inercia y el destino. ¿De quién partió la maldita idea de ir a Sarajevo? Hasta este mar tranquilo que baña las costas de Croacia no llega el resplandor y el estruendo de las bombas. Sólo algunos estúpidos milicianos cantan sus estúpidas canciones, como para darse ánimos antes de volver al estúpido combate. Pero eso fue ayer, hoy es hoy a pesar de todo, aunque no queramos que lo sea, aunque queramos clavar al *Liburnija* en este trozo de mar iluminado por el sol naciente (el que viene, pese a todo, de Sarajevo) hasta que la guerra termine. Yo también pensé, como Keith, que apura las últimas horas de sueño a mi espalda, que tal vez debería llevar conmigo una pistola, pero lo pensé para viajar a través de Estados Unidos, no para protegerme de los bandidos serbios —o bosnios, o croatas— que han decidido arrancarse la piel a tiras a este lado del paraíso. Es muy fácil e inútil decir que todos son igualmente culpables, porque no resuelve nada y además es injusto presentar a las víctimas como culpables de serlo y a los verdugos como incapaces de detener su negra ejecutoria. Mis convicciones se fundamentan en mi mirada, y van ganando terreno, una pequeña playa donde hace tiempo que la razón, los fundamentos morales en los que malamente levantamos nuestra tienda, ha desaparecido por



completo. Ni siquiera hay un pañuelo blanco que exhibir para cruzar entre dos fuegos, para salvar un río de sangre, para detenerse a contemplar el rostro de un muerto. Es martes en el mar Adriático. Nunca pude imaginar que mi primera visión de este mar antiguo y mítico iba a estar teñida por una pasión tan vieja como la guerra. Me acerco a Sarajevo sin saber siquiera cuáles son mis verdaderos sentimientos hacia I., aunque ahora, en esta cabina, mientras el *Liburnija* se asoma al puerto de Split, echo de menos mis brazos alrededor de su cuerpo y sus brazos alrededor de mi alma.

## Kiseljak

No consigo entender qué es lo que ocurre en este país. En Kiseljak, a menos de cien kilómetros de Sarajevo, cenamos en un maravilloso restaurante junto a un río: una cena tan bien cocinada como barata. Entre el restaurante y el hotel, una gasolinera cerrada derrocha un arsenal de luz para iluminar un supuesto objetivo militar. Ahora escribo en un bar donde los jóvenes de la localidad beben, pelan la pava con sus novias y escuchan música. Cierto que en el arduo camino desde Split, por rutas de montaña recién abiertas, hemos superado más de dos decenas de controles croatas —controles croatas en territorio de Bosnia-Herzegovina, y banderas croatas por toda la República—, pero en esta ciudad tan cerca de la línea del frente, que sitia la ciudad de Sarajevo, nada, y menos la dulzura de la noche estrellada, hace pesar que la guerra —una guerra especialmente enconada y cruel— se libra tan cerca de aquí. Paseando por la ciudad después del anochecer se escuchan a lo lejos estampidos de cañones. Tal vez estén bombardeando Sarajevo, pero eso no interrumpe las conversaciones, no altera el paseo de los enamorados, no apaga las luces de las casas ni las canciones de las radios. Cierto que en el restaurante donde cenamos la radio bosnia emitía en

croata noticias del conflicto, pero era un ingrediente más que sumar al flujo del río, la ropa elegante de una mujer, la excelencia de la cena, la cerveza alemana y un partido de tenis que se disputaba frente al hotel en una pista iluminada como una patena. Mañana voy a meterme con mis compañeros de viaje en la boca del lobo. No he pensado mucho en ello. El miedo puede ser una tenaza temible para la inteligencia. Pongo toda la cautela que puedo en todo lo que hago, y pienso en I., en que me gustaría recorrer este país con ella, compartir una cabina en el *Liburnija* entre Rijeka y Split, o entre Split y Dubrovnik, y pienso en sus brazos y en lo que aún no existe y en lo que temo que exista. La muerte está ahí, más cerca, como un ingrediente más de la vida: la daga que puede suspenderlo todo, las ilusiones, los proyectos, los libros, el teatro, el deseo, las mezquindades, las cartas pendientes, los libros por llegar de Estados Unidos, la vejez de mis padres, la melancolía, el futuro, lo que he ido atesorando en la memoria, el amor de I., los labios de C., mis amigos, el miedo a vivir.

### Sarajevo, miércoles, 26 de agosto

Podrían ser fuegos artificiales, deberían serlo. Pero son bombas. Esta noche no hay muchas explosiones. Acaso no será difícil conciliar el sueño. Ha sido un día largo, desde las siete de la mañana en Kiseljak, mientras esperábamos el convoy de Naciones Unidas y todos y cada uno en el grupo de periodistas tratábamos de disimular el miedo que sentíamos, hasta esta habitación del hotel en Sarajevo: la 426 en el Holiday Inn, un edificio no demasiado tocado por los francotiradores, los morteros y los cañones. Pasamos sin novedad el último control croata y el primero serbio, no el segundo, donde retuvieron largamente a Zlatko, un periodista croata de la televisión de Sarajevo que regresaba a la ciudad sitiada. Esperamos al

compañero y perdimos la cola del convoy, nuestro salvoconducto. Seguimos a Zlatko por caminos vecinales, hasta la mismísima línea serbia del frente: los *chetniks* nos observaban desde sus casamatas camufladas. El último control serbio se reveló más intrincado de lo previsto, pero al final hasta nos pusieron escolta: un coche blanco con un miliciano serbio que nos llevó, tras cruzar un puente, hasta las líneas croatas, donde desayunaban plácidamente a la sombra de un árbol. Ni rastro de las líneas bosnias. Por caminos entre casas de campo y jardincillos, lugares aparentemente no tocados por la guerra, llegamos a las afueras de la ciudad: una autopista bloqueada con camiones semidestruidos, esqueletos de edificios, chatarra y un trecho peligroso que había que cubrir a toda velocidad para salvarse de los francotiradores. Llegamos sin novedad al puesto de control bosnio, de allí al edificio de la televisión, con terribles impactos en toda la fachada. Allí conocí a una parte de la fauna de la televisión internacional, que prácticamente vive en el edificio. Escribí mi primera crónica y conseguí transmitirla a través de un teléfono vía satélite, tras discutir con Madrid acerca del supuesto precio excesivo de utilizar los servicios de la agencia France-Press. Pequeñas mezquindades, cuando uno viene a jugarse el pellejo en Sarajevo. Con la noche cerrada, la ciudad sin una luz, volví a este hotel con el equipo de Televisión Española: escuchamos un disparo. Dos kilómetros más allá, un camión ardía. Pero llegamos sin novedad. El fuego artillero era mínimo. Ahora se escuchan estampidos, más cercanos que en Kiseljak, pero no en la carcasa del hotel. Comparto habitación con mi guapo y algo estúpido británico y sigo con mi miedo casi intacto. Ya habrá ocasión de gastarlo aquí, en esta ciudad que ayer sufrió uno de los mayores bombardeos desde que empezó la guerra y que hoy parece dispuesta a que en mi primera noche de Sarajevo pueda conciliar el sueño.